

POEMAS O RELATOS DE MAROSA DI GIORGIO

HIGOS

Mamá, esta tarde es nuestra. Papá estará en la labranza; tu labor es pequeña y celeste, o tienes un plato con dulces de higo. El higo parece un santo; mira sus vestidos color violeta y color de azúcar.

Dices: ¡Estos higos! ¡Cómo brotan! Están extraordinarios. Los llevaré a la iglesia.

– Sí. (Por ahí alguien te responde). Que los maten. Estos higos son el diablo.

Decimos que no y que no, con la cabeza. Pero, desde los higos saltan dos penes rojos, morados, diminutos. Uno para cada una.

Vienen a nosotras; nos pasan los cendales, haciendo una leve escritura en la superficie, se van a lo hondo y allí trazan fuertes letras, rodeadas de diabluras.

Nos cubrimos la cara con el manto, con las manos.

Locas de vergüenza y gusto.

Por unos segundos estamos encintas, luego nos ruedan gotas de néctar por las piernas y se van al suelo.

Y mañana nacen unos seres chiquititos, misteriosos, brillantados.

Que se parecen a los higos, a mí y a mamá.

Nos vestimos de blanco para estas citas.

LECHE

Forestón pasó en la barca. Esta casi rozaba la calle; había un agua liviana y fugaz. Remaba con un remo, con dos.

Era un mundo gris.

Se oyó gritar: ¡Es el casamiento! ¡El casamiento!

Forestón sólo contestó:

–El casamiento.

Los novios ya habían entrado a la iglesia.

En ese instante pasaron por la vereda dos mujeres que portaban, exhibiéndolas y protegiéndolas, unas bandejas con algo que podría ser pastelillos, flores de yuca o pañuelos bordados.

El anciano y la anciana, en el día de su casamiento, ya estaban en la iglesia, en el altar, como en canastilla. El tenía un jazmín en algún lado

de la ropa; ella, un ramito de cera en la mano y lo mantenía rígido como a una vela.

Les echaron miel, salmos, un poco de humo. El cortejo desfiló lentamente por el centro de la iglesia.

Ahí irrumpió Forestón y traía una muchacha, exclamando: ¡Vean! ¡Vean! ¡Miren a ésta!... Está intacta, pero es astuta. Ayudará en la boda.

La muchacha tenía un vestido con alas, diadema, y el rostro bellísimo, con pecas de delicados colores, verde y rosa.

Se puso velozmente detrás y en medio de los novios.

Marcharon todos hasta la casa de los esponsales.

Entraron los viejos y el ángel, grupo extraño.

Se cerró la puerta; alguien oró apoyado en ella.

Adentro, los viejos ya estaban desnudos; ya entraban a la cama.

Sus dientes eran afilados y amarillos; él no tenía pelo; el de ella, gris como la nieve, iba más allá de los pies, la envolvía.

El viejo trataba de abrir el pelo y entrar. Todo parecía tan difícil.

La astuta volaba de una pared a otra, subía hasta el techo, bajaba en picada a la cama, se posaba sobre los viejos, volvía a subir con un bisbeo increíble, caía y con la punta de las alas perturbaba a los novios hasta que casi no soportaron más.

Entonces, la vieja creó y dio por muchísimo tiempo, una leche rarísima, rica, que ella misma se ordeñaba y vendía en un cántaro.